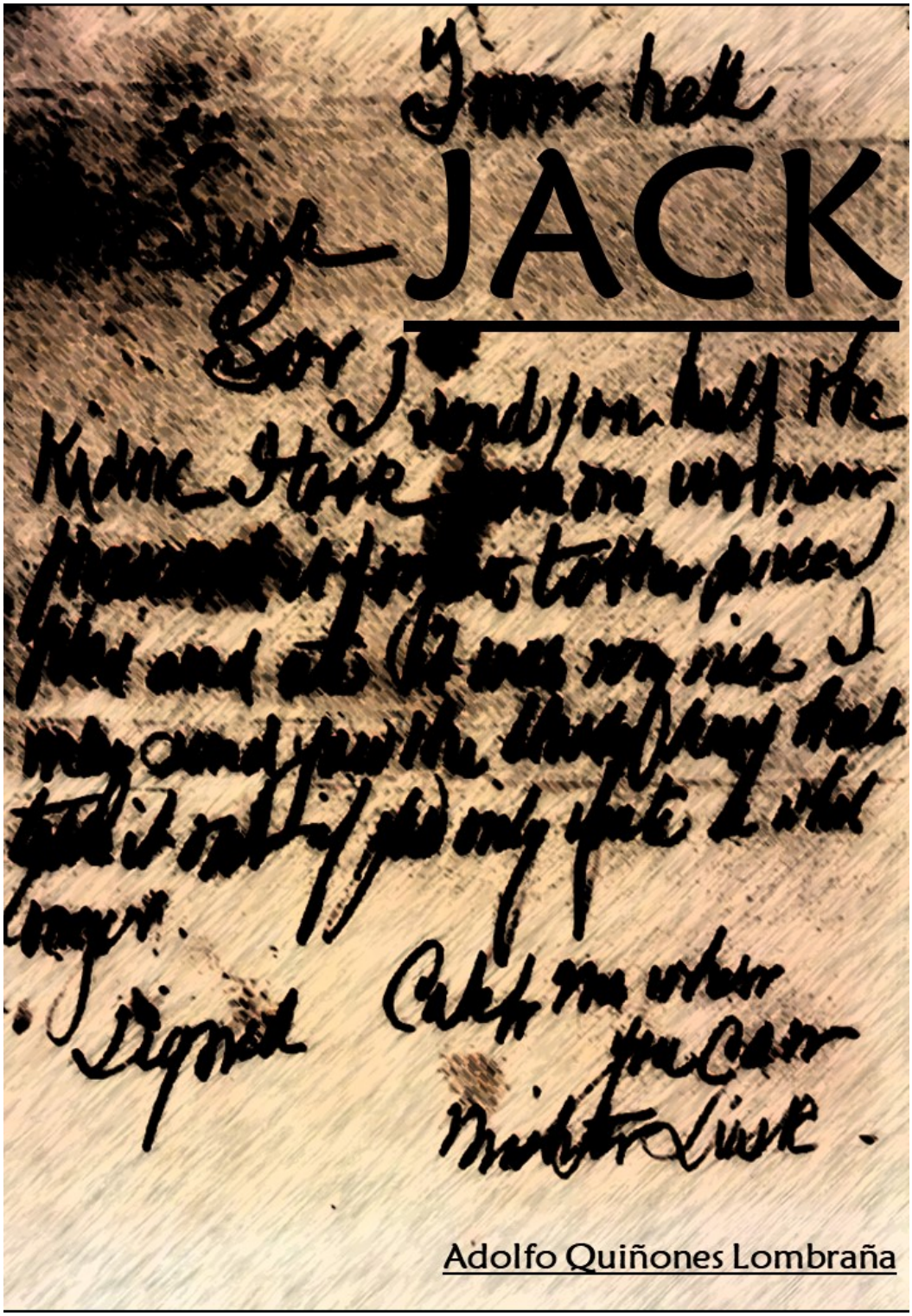
JACK

Adolfo Quiñones Lombraña



Capítulo 1

Steven avanzó hacia la consciencia empujado por un dolor indescriptible en su mano derecha. Entumecida, quebrada, casi pulverizada. Sólo era un manojo de tendones y huesos. Abrió los ojos e intentó gritar, pero no pudo ya que unos dedos de acero le sujetaban la mandíbula inferior con una fuerza inimaginable. Antes de desvanecerse de nuevo en la oscuridad, a los oídos de Steven llegó una voz levemente femenina.

Volvió a este mundo, de nuevo, amordazado y atado de pies y manos a una silla de madera recia y firme. Seguía en su habitación, en penumbra. Del otro lado de la sala le llegó el sonido de una respiración pesada, casi tangible. Instantes después se dio cuenta de que el dolor lacerante de su mano derecha comenzaba a subir por su brazo para llegar a su cerebro. Steven cerró los ojos y trató de aullar, pero la mordaza que apenas le dejaba respirar evitó por completo que su grito se tornara audible. Perlas de sudor le recorrían la frente mientras su secuestrador continuaba en silencio. Solo respirando, pausadamente, pesadamente, violentamente. Steven pataleó y gimió, pero no tardó mucho en darse cuenta de que estaba en desventaja frente a su agresor. Agachó la cabeza, derrotado.

–Vas a dejar de hacer ruido – No fue una pregunta, más bien se trataba de una orden lanzada con cierta dulzura y calma. Steven levantó la vista hacia la oscuridad de su habitación. Sus ojos se habían comenzado a acostumbrar a la falta de luz. Percibió una silueta formidable frente a él. Aunque ambos estaban sentados, daba la sensación de que su atacante era de un tamaño gigantesco. Sin embargo, cuando el indeseado invitado hablaba, su voz era ciertamente femenina. –Voy a levantarme a encender una luz – La figura se adelantó hacia Steven y mientras le quitaba la mordaza, dijo con cierto tono burlón –No te muevas. –

El colosal cuerpo se desplazó sobre el suelo de madera haciéndolo crujir con cada paso. Cada pisada hacía temblar la silla y ondas de dolor se transmitían desde el brazo de Steven, el cual observó como su inesperado visitante encendía la lámpara de queroseno de la habitación y regulaba con calma la intensidad de la misma mientras los ojos de Steven se acostumbraban a la nueva luz. Ella se giró con la lámpara sujetada a la altura de su regazo. Su cuerpo era descomunal, impropio de una mujer, pero era una mujer. Pechos desmesurados y caderas que necesitarían días para ser navegadas. Una hembra como ninguna otra. Avanzó y situó la lámpara en el suelo de la habitación, entre ambos. La sombra de la invasora acaparó el espacio y la piel de Steve, como si fuera a devorarlo. Ella se sentó en la silla, sin decir nada, y miró a Steven de arriba abajo, como si tratara de reconocerlo. La mujer se acarició la barbilla con sus dedos fuertes y poco gráciles. Su rostro era delicado y ligeramente atractivo, nada que ver con su terrible y musculado cuerpo que en nada

recordaba a los rasgos comúnmente atribuidos a la belleza femenina.

–Ha sido complicado – dijo ella– Me has causado muchos problemas. –Steven vaciló y mostró cierto recelo. El dolor de su mano se había hundido en el pasado. Aquella mujer era un nuevo problema y su fuerza ya demostrada parecía ser un peligro inminente y más de lo que pudiese manejar. Se había dado cuenta de que, a pesar de llevar un rato sin mordaza, en ningún momento había sido capaz de gritar pidiendo ayuda.

– ¿Qué es lo que quiere de mí? No la conozco de nada –replicó él, balbuceando ligeramente. Todavía dolorida la mandíbula por el apretón recibido momentos antes.

– No tienes que conocerme. Esa es una de mis habilidades, que no son pocas – dijo ella sonriendo– Pero poco importa ya quién soy, así que te lo diré. Me llamo Mirna. Unos me llaman Mirna "La Grande", otros "Martillo" Mirna, pero mi nombre no interesa. No es relevante en esta situación –Mirna acercó su rostro al de Steven– Lo único que importa de mi nombre es como se enuncia, como se extiende. Has de saber que cualquiera de los nombres y sobrenombres que me dan aquellos con los que me he cruzado se pronuncia por las calles de Londres con el respeto que merezco – Mirna se acomodó confiada en el respaldo de su silla.

–No sé quién es usted, no la conozco, no la había visto en mi vida –replicó Steven.

–Ya lo sé, y ya me lo has dicho, pero yo sí te conozco. Te conozco muy bien. Confiaba en saber todos tus secretos y, si tenía alguna duda, que no era el caso, la visita a tus aposentos me la ha disipado –Mirna hablaba con un aplomo y una seguridad que desafiaban a su brutal aspecto. Por otra parte, su vocabulario, su pronunciación y sus formas parecían de otro entorno y por supuesto estaban totalmente fuera de lugar en el barrio de Whitechapel, hogar de lo peor de lo peor de Londres y descrito como uno de los más terribles barrios del país, ensombrecido cada día más por los atroces crímenes que recorrían sus calles.

–Verás –Dijo Mirna –No estoy en contra de la diversión, de las aficiones de cada uno. De hecho, son esas aficiones las que permiten que yo lleve mi vida de la forma más holgada posible. En Whitechapel puedes encontrar putas, alcohol, un poco de opio si es lo que te gusta, y yo no estoy para nada en contra de eso, pero tu forma de divertirte… –Mirna puso el dedo índice de su mano derecha frente al rostro de Steven y lo movió a ambos lados en signo de negación –Eso, amigo mío puede ser magnífico para ti, pero a mí me genera más problemas de los que debería –Steven miraba a los ojos a Mirna y no daba crédito a lo que estaba sucediendo.

–No sé de qué me habla –repitió él. Mirna sonrió, se levantó de su asiento y sin previo aviso golpeó con su puño derecho el rostro de Steven que

cayó al suelo atado a la silla, aterrizando sobre su destrozada mano. Gritó durante un segundo hasta que la tenaza que era la mano de Mirna le volvió a sujetar la boca, desde la nariz hasta la quijada y, con ese mismo gesto, lo levantó del suelo de un fuerte tirón. El dolor de Steven huyó a esconderse tras el muro de terror que había levantado la increíble fuerza y determinación de Mirna. La mujer volvió a sentarse con cuidado de no pisarse la falda larga que llevaba para soportar las frías temperaturas del diciembre londinense.

–Esas cartas que tienes en tu mesilla, ¿Qué son? –Mirna señaló con el pulgar a un escritorio de ajada madera que había al fondo de la habitación. Steven torció su dolorido cuello en dirección a los papeles que había tras ella. Guardó silencio. Mirna esperó pacientemente unos segundos. Parecía meditar que hacer. Respirando como un búfalo y conteniendo sus ganas de volver a golpear a su compañero de cuarto, se levantó y recogió los papeles de la mesa que estaba a su espalda. Se sentó y los colocó en su regazo. Pasó un parde páginas con cierto desinterés. Miró a Steven y comenzó a leer entonando –Me llevo al infierno cada día a otra mujer. No al completo. Cada día una parte pasa por mi sartén, desciende por mi garganta y acaba en mi estómago. Querido Jefe, los periódicos dicen que están cercándome pero cada día están más lejos –Mirna pasó a la siguiente carta– Tienes una caligrafía horrible– observó. –El corazón de la última era duro y correoso y demuestra que en vida se trataba de una pecadora vil que no merecía más que pasar por mi cuchillo. Aunque puede que fuera el frío de noviembre el que endureciera sus tejidos. Me acuesto preguntándome si el podrido útero de la siguiente tendrá mejor sabor. –Mirna dobló las hojas y las lanzó con desdén sobre la cama de Steven. Inclinó la cabeza hacia él interrogándole con la mirada – ¿Y bien? –

Steven no respondió, miró al suelo y tragó saliva. Mirna se reclinó en el respaldo y habló tranquilamente –Yo conocía a Mary Jane. No era una santa –dijo sonriendo– Pero de verdad que no era ¿Cómo la has llamado? –recogió las hojas de la cama solo con estirar su enorme brazo –Una pecadora vil –comenzó a reír, aunque la risa duró poco –Era una puta, simple y llanamente. Parece que, para despreciarlas tanto, frecuentas mucho su compañía. –

–No sé de qué me habla – interrumpió Steven, mirando al suelo ya sin ninguna confianza en el valor de sus excusas.

–Ya –Dijo Mirna sin ni tan siquiera mirar a su interlocutor –Cinco putas, Steven, o debería llamarte Jack. A los periódicos les gusta ese nombre. Suena mejor que Steven "El destripador". Tiene más fuerza, ¿No te parece? Cinco putas Steven –El rostro de Mirna se mostró más serio que en ningún punto anterior de la conversación. –Me afecta tu dedicación, Jack. Tu diversión choca frontalmente con la mía –Mirna escenificó el sentido de sus palabras con sus dos terribles puños enfrentados –Tus

correrías por Whitechapel, matando y devorando zorras, no permite que otros, con aficiones más lucrativas para mí, correteen, beban y follen por este bendito barrio apartado de los ojos de Dios. Y eso no está bien, no me agrada Jack –Mirna miró a Steven – ¿Te gusta que te llamen Jack? –

Steven tardó en hablar, pero no dudó en su respuesta –Me gusta. –

–Es un buen apodo – resumió Mirna sin darle más importancia.

– ¿Cómo lo has sabido? – preguntó Jack

–Bueno – a Mirna no pareció interesarle especialmente la pregunta– No es que la policía de Londres sea especialmente eficaz. No es que le importe demasiado que unas cuantas chicas de mala vida aparezcan devoradas por un cabrón como tú. La verdad, ha sido más sencillo de lo que esperaba. Verás. De pequeña me sentía incomoda con mis formas. Para mi padre eran muy útiles en la granja, pero los niños –hizo una breve pausa como si recordara tiempos pretéritos y casi olvidados– los niños son crueles, Jack. Tú sabes mucho de crueldad y sabes bien de que te hablo. Pero no todo en mi cuerpo son desventajas –Mirna se levantó y su figura pareció ocupar toda la sala– ¿Qué ves al mirarme Jack? –

–A una zorra enorme, Mirna –respondió Steven con una sonrisa bañada en sangre por los golpes recibidos y usando por primera vez el nombre de su nueva amiga. Mirna se sentó de nuevo, con una carcajada sonora y seca desprovista de todo humor.

–Exacto Jack, una zorra enorme. Una zorra a la que crees que no podrías dejar de mirar si la vieras por la calle, pero te sorprendería descubrir lo desapercibida que paso. Soy invisible, pero estoy en todas partes, Jack. Llevo años dirigiendo esta parte de Londres sin que nadie me vea, y cuando me ven, solo piensan que soy una zorra enorme. Pero habla con los mercaderes de opio, Jack, con los dueños de bares, con esas putas a las que te encanta destrozar. Jack– dijo ella pausada y calmada– esta zorra enorme es una enorme zorra y tú estás jodiendo en mi corral. Eso no te lo puedo permitir. –

Jack sonrió de nuevo y miró a Mirna – ¿Y qué vas a hacer Mirna? – La mujer se levantó en silencio. Calmada como durante casi toda la conversación.

–Verás Jack, no es nada personal, solo negocios –Se dirigió a la parte más oscura de la habitación.

– ¿Vas a matarme a puñetazos, Mirna? –preguntó Jack.

Mirna, desde la penumbra al otro lado de la habitación, tardó poco en responder, divertida y extrañada –Pese a lo que digan por ahí, Jack, o no

eres muy inteligente, o no escuchas, o no piensas en lo que le ha pasado a tu mano derecha. Ya te he dicho que me llaman Mirna “La Grande” y las razones son evidentes –Jack escuchó el ruido de un metal arrastrándose sobre las tablas del suelo de su habitación – Ahora entenderás la causa de que me llamen “Martillo” Mirna. –